

ESTUDIOS, NOTAS, TEXTOS Y COMENTARIOS

INTELECTO Y DIVINIZACIÓN EN EL MAESTRO ECKHART *

IGNACIO VERDÚ BERGANZA
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: El asunto central del presente artículo es la idea eckhartiana de la «divinización del hombre», cuestión que puede estudiarse desde distintos puntos de vista y permite centrar la atención en múltiples aspectos del pensamiento del Maestro (su antropología, su ontología, su platonismo...). Se examina el papel que desempeña el intelecto humano en el «proceso de divinización» y su relación con Dios entendido como intelecto, abordando asuntos como los siguientes: los misterios de la Encarnación y la Santísima Trinidad en el planteamiento de Eckhart, su propuesta de desprendimiento y abandono, la relación existente entre nada, Uno y Divinidad y el posible panteísmo de la mística eckhartiana.

PALABRAS CLAVE: divinización del hombre, intelecto, desprendimiento, abandono, pobreza, uno, divinidad, panteísmo y mística.

Intellect and Divinisation According to Meister Eckhart

ABSTRACT: This paper revolves around the Eckhartian idea of the «divinisation of man», a matter that can be approached from different perspectives and allows the focus of attention on a series of aspects of Eckhart's thought (his anthropology, ontology, and Platonism...). The role played by human intellect in the «divinisation process» and its relationship with God understood as intellect are examined according to the following points: the mysteries of Incarnation and the Holy Trinity in Eckhart's thought, his proposal on detachment and renunciation (abandonment), the relationship between nothing, One, and Divinity and the possible pantheism of Eckhartian mysticism.

KEY WORDS: divinisation of man, intellect, detachment, renunciation (abandonment), poverty, one, divinity, pantheism and mysticism.

* Eckhart von Hochheim nació hacia 1260 en Turingia. Todavía joven se hizo dominico, terminando el noviciado en 1277. Estudió *artes* en París, y antes de 1280 se encontraba en Colonia, en el *Studium generale* de los dominicos. Se sabe que entre 1292 y 1294 era *baccalaureus* en París; en 1302 daba clases en París, como *Magister* en la Sorbona; hasta 1300 aproximadamente fue prior del convento dominico en Erfurt y hasta 1302 Vicario de Turingia; en 1303 era provincial en Sajonia; en 1307 vicario general de la provincia de Bohemia; en 1310 fue elegido provincial de toda Teutonia, aunque no asumió las funciones; En 1311 se le envía por segunda vez a París para enseñar en la Sorbona, un hecho digno de mención que da muestras de su categoría intelectual y de su reconocimiento, pues hasta entonces tan sólo Santo Tomás de Aquino había gozado de este privilegio. Se tienen datos de que en 1314 se encuentra en Estrasburgo, probablemente como *lector* de la escuela de la orden y ocupado en la atención pastoral de los conventos femeninos del sur de Alemania, y entre 1322 y 1323 se le concede una cátedra en el *Studium generale* de los dominicos en Colonia. A partir de 1326 le llegan las primeras acusaciones de difundir doctrinas heréticas en alemán. En su defensa, redactó un extenso escrito de justificación, apeló al Papa y llevó a cabo una declaración leída públicamente en la iglesia de los dominicos. A pesar de todo su caso se presentó ante la curia en Aviñón. En 1327 el propio Maestro Eckhart acudió a Aviñón para defender su caso, pero entre julio de 1327 y abril de 1328 murió. El 27 de marzo de 1329, Juan XXII, promulgó la bula *In agro*

«Uno con uno, uno de uno, uno en uno y en uno eternamente»¹

Así terminaba Eckhart su tratado o sermón *Del hombre noble*² que, junto con *El libro del consuelo divino*³ formaba parte (en este caso la segunda) de la obra conocida como *Liber benedictus*.

El texto citado es, sin duda, enormemente significativo desde diversos puntos de vista. Como espero dejar claro a lo largo de mi exposición, éstas son palabras cargadas de sentido, claves en la obra del Maestro, una muestra de su profundidad de pensamiento. Pero, y esto salta a la vista, estas mismas palabras dejan entrever algunas de las peculiaridades de su autor: la complejidad de su pensamiento, la dificultad de su lenguaje y, como veremos, la audacia de algunas de sus afirmaciones.

La influencia del pensamiento de nuestro dominico ha sido, sin lugar a dudas, extensa, profunda y fructífera. Si tenemos presente que no es posible entender adecuadamente, por poner algún ejemplo, a Enrique Suso, Juan Taulero, Angelus Silesius, San Juan de la Cruz o Nicolás de Cusa, e ignorar a Eckhart; si somos conscientes de su presencia en el contexto del idealismo alemán o en la obra de Heidegger..., la importancia de su figura se hace patente⁴.

Sólo yendo al corazón de su pensamiento y desentrañándolo, es posible comprender el porqué de su dificultad, de sus interpretaciones tan diversas y de su influencia poderosa.

Entender a Eckhart supone tener presentes ciertas claves, sin las cuales nos invadiría la oscuridad absoluta. La primera hace referencia al peso que tienen en sus planteamientos el neoplatonismo y el platonismo; la segunda, al hecho de que lo fundamental de su obra gira en torno a los dogmas de la Santísima Trinidad y de la Encarnación; la tercera se refiere al papel crucial que desempeñan en su pensamiento el Verbo divino (el Hijo) y la gracia; y la cuarta, al hecho de que Eckhart es un hombre que intenta fundamentar filosóficamente y expresar (comunicar) verbalmente lo que no es sino una profunda vivencia religiosa (mística). Pero veamos estas claves como es debido, más despacio.

El neoplatonismo de la mística renana y la importancia de Alberto Magno a este respecto son asuntos complejos y extensamente investigados⁵. Sin embargo, creo que, para entender a nuestro autor, es necesario hacer algunas puntualizaciones.

dominico, en la que declaraba heréticas 17 sentencias de las defendidas por Eckhart y 11 las declaraba sospechosas de herejía.

Escribió obras tanto en latín como en alemán. Su producción latina la constituyen parte de lo que iba a ser su gran obra, la suma de su doctrina, el *Opus tripartitum*, comentarios bíblicos (Génesis, Éxodo, Eclesiástico, Sabiduría, Evangelio de San Juan), Sermones, un par de *Quaestiones* y *Disputationes* y su escrito de justificación. Por su parte, su producción alemana es más extensa y, en muchos, casos atrevida. La constituyen tres tratados y un número nada fácil de determinar de sermones. Sobre todo en el caso de los sermones alemanes, ha sido un problema determinar la autoría real de los escritos; con todo, en la actualidad se considera que al menos 60 son obra del propio Eckhart, mientras que 90, del mismo modo que ciertas leyendas y poemas místicos, habrían sido elaborados por la gente de su entorno.

¹ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada y otros escritos*, edición y traducción de Amador Vega Esquerri, Madrid, Ediciones Siruela, 1998, p. 124.

² En este artículo utilizaré la edición que de esta obra podemos encontrar en: MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, pp. 115-124.

³ MAESTRO ECKHART, *El libro del consuelo divino*, ed. José J. De Olañeta, Palma de Mallorca, 2002.

⁴ Información interesante a este respecto podemos encontrar en: FAGGIN, G., *Meister Eckhart y la mística medieval alemana*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1953; DE LIBERA, A., *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización del hombre*, ed. José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1999.

⁵ De entre las muchas obras dedicadas a estos asuntos quiero destacar las siguientes: BEYER DE RYKE, B., *Maître Eckhart: une mystique du détachement*, Ousia, Bruxelles, 2000; DE LIBERA, A., *Introduction à la Mystique Rhénane. D'Albert le Grand a Maître Eckhart*, París, 1984.

Es un hecho constatable, y no me detendré en ello, que Eckhart conoció la obra del Pseudo Dionisio Areopagita, al que cita en numerosas ocasiones, y que utilizó como autoridad el *Liber de causis*, entre otras obras evidentemente neoplatónicas⁶. Sin embargo, lo importante no es tanto las fuentes de las que bebe, sino el modo en que los planteamientos neoplatónicos toman cuerpo en el conjunto de su obra y configuran claramente una comprensión de la realidad en todos sus ámbitos (ético, psicológico, ontológico, místico).

Los planteamientos dionisianos respecto del conocimiento de Dios (teología negativa o apofática) y de la divinización del hombre, una divinización que supone tres fases: purificación, iluminación y, finalmente, unión (mística) en Dios, recorren toda la obra del Maestro Eckhart. Sin olvidar imágenes como las de la montaña, el desierto, la fuente o, sobre todas, la de la nada divina (para alcanzar la cual es necesario anonadarse, aniquilarse, hacerse uno nada). Pero no menos importante, en el conjunto de su pensamiento, es el modo, vivamente neoplatónico, en que contrapone lo material a lo espiritual, lo externo a lo interno, lo temporal a lo eterno, y, muy especialmente, lo múltiple a lo Uno. En gran medida, podría decirse que todo el esfuerzo de Eckhart se dirige a entender y explicar, centrado en la relación hombre-Dios, cómo lo Uno ha producido y sustenta la multiplicidad y, sobre todo, por qué y cómo lo múltiple desea volver y puede volver a lo Uno, al origen.

Es claro, sin embargo, que Eckhart no es simplemente un filósofo neoplatónico. Gran parte de su fuerza y originalidad derivan del modo en que a lo largo de su creación ha aplicado esos esquemas neoplatónicos anteriormente citados al estudio de lo que considera hechos fundamentales: el dogma de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación del Verbo divino. La clave para la comprensión profunda de la realidad y del papel del hombre en la misma está latiendo en el fondo de estos dos hechos misteriosos.

Si en verdad queremos entender algo del mundo en general, y del hombre en particular, nuestro místico cree necesario profundizar en lo que significa que Dios es Uno y Trino, ocupando la Unidad de Dios un lugar destacado en sus reflexiones, que le llevan a distinguir, como veremos más adelante, entre *Deus* y *Divinitas*. Y del mismo modo cree que hay que investigar lo que suponen las procesiones (relaciones de las tres Personas divinas entre sí) y, sobre todo, las misiones (papel que desempeña cada una de las personas en su relación con el mundo).

Por su parte, la divinización del hombre es posible porque Dios mismo, en la persona del Hijo, se ha hecho hombre. La tesis de que «Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios» se convirtió en lugar común entre los místicos renanos. No era una idea nueva, pero en Eckhart pasa a ser un elemento fundamental de todo su pensamiento. La Encarnación del Verbo ilumina y permite afrontar el mundo con nuevos ojos, los ojos de los que se saben hijos de Dios, es decir, los que se saben más espirituales que materiales, más eternos que temporales, aquellos que saben que su interior puede mandar sobre el exterior y que, aunque son multiplicidad, están llamados a la unidad en Dios.

En el pensamiento de Eckhart, por tanto, el Verbo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, ocupa un lugar preeminente. Toda su propuesta de divinización gira en torno a una teoría del Verbo, de la posibilidad que tiene el hombre de engendrarlo en su

⁶ Véase BEIERWALTES, W., «Eckhart et le *Liber de causis*», en *Voici Maître Eckhart*, ed. Émilie Zum Brunn, Grenoble, 1994, y *El libro de los veinticuatro filósofos*, ed. Paolo Lucentini, Ediciones Siruela, Madrid, 2000, pp. 9-36 y 93-127 (Biblioteca Medieval).

seno y, lógicamente, del papel que en este proceso juega la gracia. El Maestro, de acuerdo con Máximo Confesor, quiere mostrar de qué modo el hombre se convierte, por acción de la gracia, en lo que Dios es por naturaleza⁷.

Nos encontramos ante un hombre cuyo objetivo fue el de elaborar una metafísica, una psicología y una ética acordes con la verdad de la fe (verdaderas, por tanto), y que permitiesen, en último término, dar forma racional a lo vivido en una profunda experiencia mística. Ahora bien, ¿cómo hablar de lo inefable? ¿Cómo expresar lo que está más allá de todo concepto? Sin duda esto, que es en gran parte la causa de la dificultad que presenta el pensamiento de Eckhart, fue un problema del que él mismo fue consciente, como queda patente en alguno de sus textos. «Quien no comprenda este discurso no debe afligirse en su corazón. Pues mientras el hombre no se haga semejante a esa verdad, no la entenderá; es una verdad desvelada que ha surgido directamente del corazón de Dios» (Sermón 52, *Beati pauperes spiritu*)⁸.

Lo dicho hasta ahora debe servirnos para afrontar con ciertas garantías el verdadero objetivo de esta, casi esquemática, exposición: cómo entiende Eckhart la divinización del hombre y cuál es el papel del intelecto en la misma.

Sólo aclarando la segunda de las cuestiones es posible abordar la primera. Pero hablar del intelecto, sin más, es algo excesivamente general, en cierto modo carente de sentido. Es necesario concretar y distinguir, ocupándonos por un lado de lo que es Dios, entendido como intelecto, y por otro de lo que es, y de la importancia que tiene para nuestra cuestión, el intelecto humano.

Como es bien conocido, Eckhart, en sus *Cuestiones Parisinas*, defendió, entre otras cosas, que los conceptos *esse* y *ens* eran indudablemente menos apropiados para referirse a Dios que los conceptos *intelligere* e *intellectus*. En estos textos, nuestro autor defiende claramente el primado del pensar con respecto al del ser (en Dios). De acuerdo con las tesis del *Liber de causis* afirma que el ser es la primera de las criaturas y, en consecuencia, de Dios no se puede predicar, adecuadamente, el ser; es decir, Dios no es ser sino la causa del ser y la «pureza de ser». Dios es intelecto que conoce, y el intelecto y el conocer son el fundamento y la causa del ser⁹.

Las criaturas, al margen del ser, en cuanto que pensadas, no en cuanto que criaturas, se identifican con el Verbo divino, en la mente del Padre. Nuestra ciencia, en cuanto que criaturas, está causada y determinada por los entes; la ciencia de Dios causa y determina a los entes. No es nuevo, desde luego, es simple platonismo; en la mente de Dios están las ideas o arquetipos de todas las cosas, y están ahí desde siempre y para siempre.

«Es necesario entender que somos un hijo único que el Padre ha engendrado eternamente. En el momento en que el Padre engendra todas las criaturas, Él me engendra, yo salgo de Él con todas las criaturas y permanezco, no obstante, interiormente en el Padre. Del mismo modo que la palabra que pronuncio ahora brota en mí, me fijo en mi idea, en tercer lugar la explico y tú la recibes completa, mientras permanece verdaderamente en mí. Del mismo modo yo permanezco en el Padre. En el Padre están las imá-

⁷ DE LIBERA, A., *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización...*, pp. 33-34.

⁸ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 81; la numeración de los sermones se corresponde con la establecida por J. Quint en su inconclusa edición crítica de los textos originales: MEISTER ECKHART, *Die deutschen und lateineschen Werke*, ed. con el concurso de la Deutsche Forschungsgemeinschaft, por J. Quint, Stuttgart, 1958 y ss.

⁹ Véase MAGISTRI ECHARDI, *Quaestiones et sermo Parisienses*, ed. Bernhardus Geyer, Bonnae, Sumptibus Petri Hanstein, 1931 (Florilegium Patristicum, XXV); MEISTER ECKHART, *Cuestiones Parisienses*, EUDEBA, Buenos Aires, 1967.

genes de todas las cosas (criaturas). La madera de esta silla tiene una imagen intelectual en Dios. Él no es sólo intelectual, es intelecto puro»¹⁰ (Sermón 22, *Ave, gratia plena*).

Estos textos son, desde luego, muy significativos. Según este planteamiento, el mundo creado, en cuanto que realidad material, exterior a Dios, sensible, es, respecto del mundo ideal engendrado en Dios, lo que la palabra expresada es respecto del acto de intelección interior. Las palabras pronunciadas verbalmente tienen su fundamento y su causa en el pensamiento, aunque no se confundan con él. Sin el pensamiento (algo interior a la mente, no exteriorizado) las palabras no significarían y, por tanto, no serían (cabe decir que el intelecto es el ser y la vida de las palabras). Hay intelecto sin palabras, pero no puede haber palabras sin intelecto. Así, para Eckhart el mundo creado no puede confundirse con Dios (su creador).

«Dios es un Verbo que se habla a sí mismo», «Dios es un Verbo, un Verbo no dicho», «El Padre es una obra que habla y el Hijo es un habla que actúa»¹¹; de este modo se expresa Eckhart en su sermón 53, *Misit dominus manum suam...* En Dios el sujeto pensante, el acto de pensar y lo pensado se identifican, son Uno, si bien es cierto que es el Padre el que engendra al Hijo, el Logos, el Verbo. El Padre, en cuanto que intelecto, es el sujeto del entender, y como tal no es intelecto si no genera un logos interior (el Verbo) imagen perfecta de Él mismo en el que Él se reconoce a sí mismo. Sin el Verbo, el Hijo engendrado, no creado, no hay Padre. El Padre, pues, como intelecto, engendra un pensamiento, el Verbo, y se expresa en un conjunto de palabras que se hacen presentes en el exterior de su ser, múltiples en el tiempo y el espacio (la creación).

En lo que respecta al intelecto humano, también las *Cuestiones parisinas* nos aportan datos de indudable valor. Así, en la cuestión «*Utrum intelligere angeli, ut dicit actionem, sit suum esse*», afirma Eckhart lo siguiente: «... porque el intelecto, en cuanto intelecto, no forma parte de las cosas que entiende. Por el contrario es preciso que con ninguna esté mezclado y que con ninguna tenga nada en común, para que todas las entienda, según se dice en el libro tercero del tratado *Sobre el alma*, así como es preciso que la vista no tenga ningún color para que vea todos los colores. Si el intelecto, pues, en cuanto intelecto, nada es, entonces tampoco el intelecto tendrá ser alguno.» «Asimismo, el intelecto, en cuanto intelecto, no es ni aquí, ni ahora, ni esto»¹².

Por su parte, en la cuestión «*Utrum laus Dei in patria sit nobilior eius dilectione in via*», arguyendo que el intelecto es más noble que la voluntad y, por tanto, la superioridad del primero respecto de la segunda, afirma que:

- «3. Asimismo, es más noble aquella potencia cuyo acto es más noble. Pero el entender, que es el acto del intelecto, es más noble que el acto de la voluntad, ya que el entender va depurando y llega hasta la entidad desnuda de la cosa.
4. Asimismo, el mismo entender constituye una cierta deiformidad o deiformación, ya que el mismo Dios es entender y no ser.
5. Asimismo, el entender, en cuanto tal, es subsistente.
6. Asimismo, en cuanto tal es increable»¹³.

A mi juicio, si bien es cierto que en Eckhart puede observarse una evolución en su pensamiento (lo que puede constatarse leyendo su *Opus Tripartitum*, el *Liber benedictus*

¹⁰ RUH, K., *Initiation à Maître Eckhart: théologien, prédicateur, mystique*, Éditions Universitaires, Fribourg; Éditions du Cerf, Paris, 1997.

¹¹ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 83.

¹² MAGISTRI ECHARDI, *Quaestiones et sermo Parisienses...*, pp. 13 y 14.

¹³ MAGISTRI ECHARDI, *Quaestiones et sermo Parisienses...*, p. 18.

o sus últimos sermones), y que las *Cuestiones Parisinas*, desde luego, no permiten conocer suficientemente la propuesta del Maestro, sí considero, sin embargo, que estas afirmaciones contienen ideas presentes en toda su obra y muy importantes para su comprensión.

Detengámonos un momento en ellas. Eckhart afirma que el intelecto en cuanto tal y, por tanto, también el del hombre, nada es, es decir, que no tiene ser, gracias a lo cual puede conocer el ser. De acuerdo con esto, añade que no es ni aquí, ni ahora, ni esto, características propias de los entes, sujetos a cambio. Es lógico por tanto que, de acuerdo con lo afirmado respecto de Dios, afirme que inteligir constituye una cierta deformación o deiformidad, es decir, que inteligir es actuar del modo en que lo hace Dios y, en un cierto sentido, ser semejante a Dios. De ahí que incluso afirme que el inteligir, no sólo es subsistente, sino además increable.

No es extraño que afirmaciones como éstas hayan conducido a la consideración de nuestro autor como el defensor de una «mística especulativa». Pero esto, sin ser falso, no es toda la verdad, como intentaré mostrar a continuación.

Ciertamente, hay mucho de verdad en ello. Como es bien sabido, la identificación del intelecto agente de Aristóteles con el *abditum mentis* de S. Agustín, entendido como las más recónditas profundidades del alma, es una de las tesis fundamentales de Dietrich de Freiberg, cuyo eco es claramente reconocible en el Maestro Eckhart¹⁴. De hecho, son numerosos los pasajes de su obra en los que también él presenta el intelecto como lugar de la unión del alma con Dios.

«Pero el hombre conoce en un ahora del tiempo. Lo más bajo de todo es el ahora del tiempo. Si haces desaparecer el ahora del tiempo, entonces estás en todas partes y tienes todo el tiempo. Ser eso o lo otro no significa ser todo, pues mientras soy o tengo eso o lo otro, no soy todo, ni tengo todo. Apártate de ser esto o lo otro o de tener esto o lo otro; entonces serás todo y tendrás todo...»¹⁵ (Sermón 77. *Ecce mitto angelum meum*).

«Ahora dice él [Lucas]: “Una luz del cielo lo envolvió” ... Pero en la medida en que todavía busca, el intelecto va más allá de los pensamientos. Anda por todas partes y busca, espía aquí y allí, gana y pierde. Pero por encima de ese intelecto, que [todavía] está buscando, hay otro intelecto, que [ya] no busca, que permanece en su ser puro y simple, comprendido en esa luz»¹⁶ (Sermón 71. *Surrexit autem Saulus de terra apertisque oculis nihil videbat*).

Textos como éstos plantean una cuestión insoslayable: ¿Cómo puede el hombre elevarse por encima de lo contingente, temporal, múltiple y sometido a cambio? ¿Cómo puede divinizarse si en él no hay ya algo divino?

Ya en su primera gran obra, las *Instrucciones espirituales* (*Die Rede der Unterscheidung*)¹⁷, Eckhart apunta una tesis clásica: la de que Dios yace oculto en lo más íntimo de tu alma; idea que pasará a ser uno de los pilares de su pensamiento. Y así, por ejemplo, en el *Tratado del hombre noble*, podemos encontrar metáforas y símiles de una gran claridad a este respecto: «De la nobleza del hombre interior, del espíritu, y del carácter vil del hombre exterior, de la carne, hablan también los maestros paganos Tulio y Séneca: nada hay razonable sin Dios; la simiente de Dios está en nosotros. Si encontrara un buen labrador, sabio y trabajador, prosperaría mejor y crecería hacia Dios, de quien es la simiente, y el fruto llegaría a ser de la naturaleza de Dios» ... «... Orígenes, un gran maestro,

¹⁴ DE LIBERA, A., *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización...*, p. 112.

¹⁵ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 99.

¹⁶ Id., p. 88.

¹⁷ MEISTER ECKHART, *Die deutschen und lateinischen Werke...*, pp. 137-376.

dice: dado que es Dios mismo quien ha vertido, impreso y germinado esa semilla, puede que se halle tapada y oculta, pero jamás aniquilada ni anulada en sí misma; brilla y resplandece, ilumina y arde y se inclina, sin cesar, hacia Dios» ... «Para ese hombre interior, hombre noble, en el que la semilla de Dios y la imagen de Dios han sido impresadas y sembradas —la manera en que esa simiente y esa imagen de naturaleza y esencia divinas, el Hijo de Dios, aparecen y se dan a conocer, así como otras veces se ocultan—, el gran maestro Orígenes aporta un ejemplo: la imagen de Dios, el Hijo, está en el fondo del alma como una fuente viva» ... «Sobre esto he preparado justamente un ejemplo: cuando un maestro hace una imagen de madera o piedra, no introduce la imagen en la madera, sino que corta las astillas que han ocultado y recubierto la imagen; no añade nada a la madera, sino que golpea y esculpe la cobertura y saca la escoria y entonces resplandece lo que estaba oculto debajo. Éste es el tesoro que estaba oculto en el campo, del que habla Nuestro Señor en el Evangelio»¹⁸.

Parece claro, por tanto, que lo que el hombre ha de hacer es permitir que lo divino que hay en él se manifieste, se desvele y dirija sus actos.

«Más de una vez he dicho que en el alma hay una potencia a la que no afectan ni el tiempo ni la carne; fluye del espíritu y permanece en el espíritu y es completamente espiritual. Dios se halla en esa potencia tan reverdecido y floreciente, con tanta alegría y gloria como en sí mismo... En esa potencia el Padre eterno engendra a su Hijo eterno, sin cesar, de manera que esta potencia co-engendra al Hijo y a sí misma, como el mismo Hijo en la potencia única del Padre»¹⁹ (Sermón 2. *Intravit Iesus in quoddam castellum*).

«Cuando Dios habla en el alma, entonces ella y él son uno; tan pronto cae, queda separada. Cuanto más ascendemos por nuestro conocimiento, tanto más somos uno con Él... Ahora dice: “ha tocado mi boca”, y luego dice: “Él me ha hablado”. La “boca” es la parte superior del alma, a ella se refiere y dice: “Ha depositado su palabra en mi boca”; esto es el beso del alma; la boca ha tocado la boca; allí el Padre engendra a su Hijo en el alma y allí le ha dirigido la palabra»²⁰ (Sermón 53. *Misit dominus manum suam et tetigit...*).

Dios es presentado, pues, como acto pensante y subjetividad de nuestra subjetividad. Hasta tal punto que parece poder identificarse el alma con el Hijo, el Verbo, por medio de su intelecto. Dicho de otro modo, el Padre engendra al Hijo en lo más elevado del hombre, de tal modo que el hombre pueda hacerse Hijo también, se divinice. «Un escrito dice: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo”, y por eso, si queréis conocer a Dios, no sólo debéis ser semejantes al Hijo, sino que debéis ser el Hijo mismo»²¹ (Sermón 16b. *Quasi vas auri solidum...*).

Así, pues, podríamos concluir aquí, afirmando que la mística de Eckhart propone una divinización, un hacerse uno con Dios, a través del intelecto, y de carácter intelectual. Pero, sin ser del todo falso, no sería del todo cierto. Y no lo sería porque nada de todo esto es posible sin la gracia de Dios, y la unión mística que propone de ningún modo es meramente especulativa, ni consiste, únicamente, en que, engendrado el Verbo, el hombre, en cuanto que Hijo, conozca todo: a sí mismo, al Padre y al Espíritu Santo.

Comprender adecuadamente lo que para Eckhart es la divinización del hombre, es decir, lo que podríamos considerar la unión mística propiamente dicha, exige atender a

¹⁸ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, 117-119.

¹⁹ Id., p. 43.

²⁰ Id., p. 85.

²¹ Id., p. 64.

la distinción que establece entre *Divinitas* o *Gotheit* y *Deus* o *Got*. Una distinción clave en el conjunto de su obra.

Deus, es decir, Dios, será la palabra que utilizará para referirse al Dios trino y, por tanto, creador. Mientras que con *Divinitas*, es decir, Divinidad, se referirá a la esencia divina, Unidad origen de la difusión de las tres personas. La Trinidad divina implica un actuar de Dios, relaciones, distinción entre las personas, donación, apertura, y en última instancia, la creación. La Unidad de Dios, su esencia, su divinidad, es, por el contrario, un desierto absoluto de toda modalidad, una nada absoluta, inexpresable; un lugar que no es ningún lugar, que toda descripción falsea, ya que está más allá, por encima, de toda imagen y de cualquier posible relación con lo creado. No es posible, por tanto, hablar de actividad, de personas, ni de relación cuando hablamos de la Divinidad. Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es Uno y Trino, Ni sólo Uno, ni sólo Trino. Y la profunda verdad del Dios cristiano es que, siendo cada Persona divina la que es, sin confundirse de ningún modo con las otras, son Uno, ya que no hay tres dioses, sino un solo Dios verdadero.

Lo que Eckhart propone, no es tan sólo que engendrando al Hijo seamos como Él, Hijos, y que a través del Hijo lleguemos al Padre, y en tanto que engendrados del Hijo seamos también como el Padre, de modo que en nosotros fluya y viva el Espíritu, sino que además, en la medida en que nos hacemos como Dios, siendo quienes realmente somos, seamos Uno. Jesucristo, el Verbo, es el Camino, la Verdad y la Vida, pero no la meta final, que es el Uno; y la bienaventuranza del hombre consiste en ser Uno en Dios, no en la visión o conocimiento de Dios (como queda claro, por ejemplo, en la segunda parte de su *Libro del consuelo divino*)²².

Ahora sí nos aproximamos a una correcta comprensión del Maestro dominico. Pero esta nueva perspectiva nos plantea nuevas cuestiones. ¿Cómo podemos ir más allá de nosotros mismos y de Dios? ¿Es posible que en nosotros esté no sólo Dios, como Trino, sino su esencia, su divinidad misma? ¿Desempeña en todo esto algún papel la gracia?

Dice Eckhart en su sermón 53, *Misit dominus manum suam...* «Al predicar procuro hablar del desapego [desprendimiento, separación] y de que el hombre debe vaciarse de sí mismo y de todas las cosas. En segundo lugar, que hay que ser formado, de nuevo, en el bien simple que es Dios. En tercer lugar, que [el hombre] debe recordar la gran nobleza que Dios ha depositado en su alma a fin de que consiga, maravillosamente, llegar a Dios. En cuarto lugar, hablo de la pureza de la naturaleza divina, cuyo resplandor es inefable»²³.

Y en el comentario al prólogo del evangelio de S. Juan afirma: «El primer fruto de la Encarnación del Verbo, que es por naturaleza hijo de Dios, es que nosotros somos hijos de Dios por [la gracia] de la adopción»²⁴.

Como podemos comprobar, fue objeto de su interés y de su trabajo mostrar que hay algo en el alma humana que nos permite llegar a Dios y, más allá de Él, a la inefable pureza de su naturaleza divina; que hay un modo de conseguirlo, mediante el desapego y el total vaciamiento; que es necesaria la gracia y que esto nos hace hombres nuevos en Dios. Creo que no sería correcto no detenernos, aunque sea brevemente, en estos asuntos.

Para referirse a lo que en el alma nos permite ir más allá de Dios mismo, nuestro autor utilizará imágenes ya conocidas, pero cargadas de un profundo sentido: la chispa del alma o el castillo en el alma, por ejemplo. Más allá de las potencias del alma, lo más

²² MAESTRO ECKHART, *Libro del consuelo divino...*, pp. 24-92.

²³ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 83.

²⁴ MAESTRO ECKHART, *Comentario al Prólogo de S. Juan*, Etnos, Madrid, 1994, p. 100.

esencial del alma es un fondo sin fondo, inescrutable e inefable, imagen de la divinidad; unidad en la multiplicidad, nada, desierto, paz, silencio...

«Mirad, ¡atended ahora! El castillo en el alma del que hablo y en el que pienso es en tal forma uno y simple, y está por encima de todo modo, que la noble potencia de que os he hablado no es digna de echar jamás una mirada en su interior, aunque sea una sola vez...; tan completamente uno y simple es ese castillo y tan por encima de todo modo y toda potencia se halla ese único uno que nunca potencia alguna ni modo, ni siquiera el mismo Dios, pueden mirar en su interior... Dios mismo, en tanto que es según el modo y la propiedad de sus personas, no se asoma allí ni por un solo instante... Ese único uno es sin modo y sin propiedades... En la medida en que es un uno simple, sin modo ni propiedades, allí no es ni Padre, ni Hijo, ni Espíritu Santo; y sin embargo es un algo, que no es ni esto ni lo otro.

Mirad, en la medida en que Él es uno y simple, se aloja en ese uno, que llamo un castillo en el alma, y si no es así, no puede entrar allí de ninguna manera; sólo así penetra y se halla en su interior»²⁵ (Sermón 2. *Intravit Iesus in quoddam castellum...*).

Para Eckhart es claro: Dios en tanto que divinidad, Uno, está en lo más íntimo y recóndito del alma humana, la penetra y la sustenta en su ser; por su parte, el alma, en tanto que ser, no uno, múltiple, externo a la divinidad, aspira a Dios, al Uno, lo desea y lo ama más que a ninguna otra cosa, como su fin propio.

Ahora bien, esta tarea de auténtica autorrealización, en la que nos liberamos de lo que no somos y nos hace infelices, para transformarnos en lo que realmente somos y estamos llamados a ser, no puede llevarla a cabo el hombre ejercitando sus potencias de acuerdo con su naturaleza creada. Necesita de la gracia de Dios. La verdadera vida del cristiano no está en la «luz natural» del pensamiento, sino en la «luz de la gracia» que lo eleva en Dios y lo hace uno con uno. Así, y de acuerdo con S. Pablo, considera Eckhart que sólo por el Espíritu somos conducidos al Hijo y vivimos en Él, a través del cual podemos ir al Padre, y hacernos uno en uno.

«Por nuestra parte, con la cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos, como corresponde a la acción del espíritu del Señor»²⁶ (S. Pablo, *Segunda epístola a los corintios*, 2, 18. En el *Comentario al prólogo del evangelio de S. Juan*).

Es ahora cuando sabemos a dónde queremos llegar, cuando debemos preguntarnos cómo podemos llegar. Y ésta es, tal vez, la preocupación fundamental del Maestro de vida Juan Eckhart, como queda patente cuando uno lee su obra, desde sus *Instrucciones espirituales* hasta sus últimos sermones alemanes.

De acuerdo con Eckhart, varios son los términos que podemos utilizar para referirnos a lo que el Maestro propone como único camino: obediencia, humildad, anonadamiento, vaciamiento, desprendimiento... que conduzca a un abandono, una virginidad, pobreza..., que permita el nacimiento de un nuevo hombre, el espíritu libre, el hombre-mujer, es decir, fecundo, el hombre noble, el hombre justo, desasido (desprendido, separado), bueno, verdadero, humilde, libre, que actúa sin un porqué.

La obediencia o sumisión a Dios, asunto extensamente tratado en *Las instrucciones espirituales*, no es sino la aceptación sin reservas de la voluntad de Dios. Pero Eckhart es aún más radical en sus apreciaciones: no quiere que obedezcamos a Dios, quiere que seamos la voluntad de Dios.

²⁵ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, pp. 45-46.

²⁶ MAESTRO ECKHART, *Comentario al Prólogo...*, pp. 101-102.

La humildad absoluta supone nuestro rebajamiento absoluto y, por tanto, nuestro ensalzamiento absoluto. La humildad es purificación; sólo haciéndonos nada podemos renacer en Dios. Mientras andamos volcados en el exterior, buscando nuestra propia satisfacción, mirando nuestro propio reflejo (imagen), andamos «extra-viados» en nuestro propio yo. «Y una buena enseñanza es que el hombre debe comportarse en este mundo como *si* estuviera muerto»²⁷ (Sermón 8. *In occisione gladii mortui sunt*).

Por tanto, hemos de hacernos nada, para así ser realmente algo. Hemos de vaciarnos de todo lo que somos, para poder ser lo que en verdad somos, uno de Uno. «Lo más alto que existe en su insondable deidad corresponde a lo más bajo que existe en la profundidad de la humildad»²⁸ (Sermón 14. *Surge, illuminare, Jherusalem...*).

En último extremo, la virtud suprema sería el desprendimiento, el desapego perfecto, el estar absolutamente dispuesto, a disposición, libre de cualquier atadura.

Si se viven estas virtudes, el hombre queda en un estado que podríamos llamar de abandono, en cuanto que está solo, sin yo, con su yo más profundo y desasistido del mundo. Es a lo que se refiere cuando habla del alma vacía: «Dios quiere tener el templo vacío para que allí no haya *nada* que no sea Él»²⁹ (Sermón 1. *Intravit Iesus in templum...*); de la virginidad del alma: «Virgen indica alguien que está vacío de toda imagen extraña, tan vacío como cuando todavía no era»³⁰ (Sermón 2. *Intravit Iesus in quoddam castellum...*); o, sobre todo, de la pobreza.

En efecto, para Eckhart, por encima de todo es necesaria la perfecta pobreza de espíritu, porque hombre pobre es el que nada quiere, nada sabe y nada tiene. Y cuando el Maestro dice «nada», quiere decir nada, radicalmente. Es difícil extraer algún pasaje del tan extraordinario como conocido sermón 52, *Beati pauperes spiritu*, en el que Eckhart desarrolla esta idea. Todo él, con inusitada fuerza y precisión, expresa la profunda experiencia de su autor. Con todo, creo imprescindible citar algunas líneas:

«Si alguien me pregunta ahora qué es un hombre pobre que nada quiere, contesto y digo: mientras el hombre tenga la voluntad de cumplir la preciosa voluntad de Dios, no posee la pobreza de la que hablamos, pues en él todavía hay una voluntad que quiere satisfacer a Dios, y eso no es la pobreza correcta. Pues si el hombre quiere ser verdaderamente pobre debe mantenerse tan vacío de su voluntad creada como cuando todavía no era»³¹.

La divinización, la unión mística, no consiste en querer hacer lo que Dios quiera. Eso está bien, pero mantiene la distancia entre la criatura y Dios, proclama el distanciamiento entre los dos y la multiplicidad.

«Por otro lado, es pobre el hombre que no sabe nada...El hombre que quiere tener esa pobreza debe vivir de tal manera que [incluso] ignore que no vive ni para sí mismo, ni para la verdad, ni para Dios; es más: debe estar tan vacío de todo saber que no sepa ni conozca ni encuentre que Dios vive en él; es más: debe estar vacío de todo conocimiento que habite en él»³².

Saber que no se vive ni para uno mismo, ni para la verdad, ni para Dios, implica de nuevo multiplicidad y distinción; en este caso, entre el saber y el vivir, entre el juicio acer-

²⁷ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 57.

²⁸ MAESTRO ECKHART, *Obras escogidas*, Visión Libros, Barcelona, 1980, p. 153.

²⁹ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 35.

³⁰ Id., p. 41.

³¹ Id., p. 76.

³² Id., p. 77.

ca de lo que se hace y lo que se hace. Saber que Dios vive en él es establecer distinción entre el sujeto que conoce, el hombre, y Dios mismo, el objeto conocido. Y por último, tener conocimientos es mantener separación entre el hombre como intelecto y sus intelecciones.

«La tercera pobreza, ...es la más extrema, es aquella en la que el hombre no tiene nada.

... Si el hombre se mantiene libre de todas las criaturas y de Dios y de sí mismo, pero se halla tan en sí mismo que todavía Dios encuentra en él un lugar para actuar, entonces decimos que ese hombre no es pobre según la pobreza más extrema. Pues Dios no busca para sus obras que el hombre tenga un lugar en sí mismo, en donde Dios pueda actuar: la pobreza de espíritu es cuando el hombre permanece tan libre de Dios y de todas sus obras que, si Dios quiere actuar en el alma, sea él mismo el lugar en donde quiera actuar... Dios es un lugar propio para sus obras gracias al hecho de que Dios es alguien que obra en sí mismo. En esta pobreza reencuentra el hombre el ser eterno que él ya había sido y que ahora es y será para siempre... En la medida en que el hombre conserva un lugar en sí mismo, conserva diferencia»³³.

No tener nada es ser nada, desierto desierto, negación de la negación; mientras haya en el hombre un lugar vacío, desierto para Dios, habrá diferencia entre el hombre, el lugar y Dios. El hombre ha de ser ese lugar y ese lugar es Dios en su ser esencial, el Uno.

Como dice Alain de Libera, las tres pobrezas distinguidas, «la más alta», de voluntad, «la más pura», de saber y «la más extrema» de poseer, son como tres momentos en la andadura hacia el desierto donde toda diferencia se consume, en el lugar que no es ningún lugar en el hombre, ni en el mundo, donde Dios permanece solo y donde el hombre está comprendido desde toda la eternidad³⁴. Sólo en estas condiciones puede el hombre ser uno en uno eternamente.

«¿Quién es, pues, más noble que aquel que nació, por una parte, de lo más elevado y lo mejor que poseen las criaturas y, por otra parte, del fondo más entrañable de la naturaleza divina y su desierto? “Yo”, dice Nuestro Señor en el profeta Oseas, “quiero llevar al alma noble a un desierto y allí hablaré en su corazón”. Uno con uno, uno de uno, uno en uno y en uno eternamente. Amén»³⁵ (*Tratado del hombre noble*).

El hombre pobre es, pues, el hombre nuevo, el hombre noble, que vacío y libre en todas sus obras, no busca lo suyo porque Dios obra en él. Es el hombre justo, verdadero y bueno del que habla Eckhart en el *Libro del consuelo divino*: «En primer lugar hay que saber que el sabio y la Sabiduría, el hombre verdadero y la Verdad, el justo y la Justicia, el bueno y la Bondad... tienen entre sí esta relación: ... El hombre bueno y la Bondad no son dos cosas, sino una, una sola Bondad, absolutamente una, con el matiz de que la una engendra y el otro es engendrado. Y, no obstante, ese engendrar de la bondad y ese nacer del hombre bueno son absolutamente un solo ser y una misma vida... En ella él existe, vive y permanece, y en ella se conoce él a sí mismo»³⁶.

El hombre divinizado es el hombre absolutamente desprendido, separado de todo, vacío incluso «de todos los rezos», ya que «su oración no es otra cosa que ser uniforme con Dios»³⁷ (*Tratado del desprendimiento*).

³³ Id., p. 79.

³⁴ DE LIBERA, A., *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización...*, p. 95.

³⁵ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 124.

³⁶ MAESTRO ECKHART, *El libro del consuelo...*, pp. 13-14.

³⁷ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 133.

Hemos entrado, ahora sí, en un terreno en el que la audacia y la originalidad del Maestro se desbordan: el de su propuesta mística, pálido reflejo de una experiencia vivida. Las expresiones y descripciones más difíciles se encuentran en este contexto; pero ahora parecen más claras:

«El ojo en el que veo a Dios es el mismo ojo en el que Dios me ve. Mi ojo y el ojo de Dios son un único y mismo ojo, una única visión, un único y mismo conocimiento, un único y mismo amor»³⁸ (Sermón 12. *Qui audit me*).

Hemos de ser traslúcidos, para que la luz nos atravesase y seamos luz. Mientras aún miremos a lo alto para encontrar a Dios y busquemos el modo de satisfacer sus deseos y de que Él satisfaga los más nobles de los nuestros, aún no hemos llegado a la meta.

«Cuando fluí de Dios todas las cosas dijeron: Dios es; pero eso no me puede hacer bienaventurado pues en eso me reconozco criatura. En el atravesar, sin embargo, en donde permanezco libre de mi propia voluntad y de la voluntad de Dios y de todas las criaturas y no soy ni Dios ni criatura, soy más bien lo que fui y lo que seguiré siendo ahora y siempre... pues en ese atravesar me doy cuenta de que yo y Dios somos uno»³⁹ (Sermón 52. *Beati pauperes spiritu*).

La propuesta del Maestro Eckhart es clara: ser uno en Uno. Sin embargo, aún nos quedarían dos preguntas por responder. En primer lugar, si la propuesta es de carácter panteísta y, en segundo lugar, si es una mística contemplativa o especulativa que conduce al quietismo. En mi opinión ambas cuestiones se contestan negativamente. Veámoslo muy brevemente.

Creo que para Eckhart es un hecho que Dios en la persona de su Hijo es hombre y, por ello, los hombres pueden hacerse Dios. Este es el misterio de la encarnación del Verbo. Y, de acuerdo con otro hecho incuestionable, que el Hijo, sin dejar de ser Hijo, es Uno, como lo es el Padre y lo es el Espíritu, también nosotros, Hijos adoptivos de Dios por la gracia, podemos ser Hijos y, sin confundirnos, ser Uno. Por eso somos atravesados, y por eso dice:

«... cuando se dice que el hombre es uno con Dios y según esa unidad es Dios, se le comprende según la parte de la imagen por la que se asemeja a Dios, y no por el hecho de que ha sido creado. Pues en tanto que Dios, no se lo toma según su creaturalidad»⁴⁰ (Sermón 40. *Blíbet in mir*).

«Que Dios nos ayude para que Jesús también pueda acudir a nosotros y rechazar y alejar todo obstáculo y hacernos uno, así como él es Uno, un solo Dios, con el Padre y el Espíritu Santo...»⁴¹ (Sermón 1. *Intravit Iesus in templum...*).

Por último, la mística del Maestro Eckhart es de vida y no de contemplación, porque lo que propone es que recobremos nuestra condición de hijos de Dios, no mirando a Dios, sino siendo con Dios, en la medida en que sea Dios el que obra a través de nosotros. Cristo no sólo es el camino, no sólo es la verdad, que nos hace libres, sino que es la vida. El hombre noble, el espíritu libre, no huye del mundo para regocijarse y deleitarse en el seno de Dios; el hombre nuevo instaura el reino de Dios en la tierra.

³⁸ MAESTRO ECKHART, *Obras escogidas...*, p. 148.

³⁹ MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada...*, p. 80.

⁴⁰ Id., pp. 68-69.

⁴¹ Id., p. 40.

«Aquí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo es el fondo de Dios... Desde ese fondo interior debes hacer todas tus obras, sin porqué»⁴² (Sermón 5b. *In hoc apparuit caritas Dei in nobis...*).

«Lo he dicho muchas veces. Alguien que estuviera en arbo, como antaño San Pablo, si supiese que un enfermo necesita un poco de sopa que él puede darle, considero que haría mucho mejor renunciando, por caridad, a su arbo y sirviendo con mayor amor al indigente»⁴³ (*Instrucciones espirituales*, X: «De cómo la voluntad lo puede todo»).

C/ Mozart, 34, 6.º B
28008 Madrid
vonverdu@yahoo.es

IGNACIO VERDÚ BERGANZA

[Estudio aprobado para publicación en octubre 2003]

⁴² Id., p. 49.

⁴³ DE LIBERA, A., *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización...*, p. 84.